

DIARIOS COMPLETOS

MANUEL RICO



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección HISTORIA Y PENSAMIENTO, 26

© Manuel Rico, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-24-2

Thema: DND, DNBL1

Depósito legal: M-384-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

A MODO DE PRÓLOGO	11
PRIMERA PARTE: 1985-1991	19
1985	21
1986	103
1987	131
1988	157
1989	178
1990	181
1991	195
SEGUNDA PARTE: 2000-2008	197
2000	199
2001	222
2002	261
2003	298
2004	325
2005	356
2006	386
2007	403
2008	420
ÍNDICE ONOMÁSTICO	431

*A Esperanza, que siempre estuvo.
Con mi gratitud.*

A modo de prólogo

Son muchas las razones por las cuales un escritor comienza a escribir un diario. No menos, seguramente, que las que hacen que un buen día ese hábito desaparezca dando paso a un período de estiaje que, a su vez, deriva, pasados los años, en un retorno al diario. Esa casuística es lo que refleja este libro: en la primera parte, mis diarios de los años ochenta, escritos entre marzo de 1985 y noviembre de 1991; y, en la segunda parte, los diarios cuya escritura inicié en julio de 2000 y finalicé en los compases últimos de la década. En medio, diez años de sequía «diarística» solo explicable por la escasez de tiempo y por la ocupación del poco de que dispuse en un ensayo sobre poesía —escribí en esos años varias ediciones críticas y un libro sobre la poesía de Manuel Vázquez Montalbán— y tres novelas. Se presenta aquí, por primera vez, la edición completa y definitiva, en un solo volumen, de todos mis diarios.

LOS AÑOS OCHENTA Y MI PECULIAR «MOVIDA»

Comencé las primeras notas de los correspondientes a los ochenta en la lejanísima primavera de 1985 por una motivación puramente funcional: casi un año antes había iniciado la escritura de mi primera novela, *Mar de octubre* (Fundamentos, Madrid, 1989), y esa tarea se había convertido, a lo largo de muchos meses, en una experiencia dura, casi tortuosa. Hasta entonces solo había escrito poemas y algún que otro relato, por lo que carecía de familiaridad con la prosa narrativa. Pensé que necesitaba dominarla con soltura y adquirir el hábito de la continuidad si quería perseverar en mi recién nacida vocación de novelista. Dicho de otro modo: «Hacer

pluma». Así, a partir del 4 de marzo de 1985 y a lo largo de algo más de cinco años, fui desgranando la colección de juicios, confesiones, análisis, recuerdos, estampas, reflexiones y testimonios que se despliegan en la primera parte de este libro. Aunque en principio fueron meros ejercicios retóricos, experiencias secretas de un aprendizaje narrativo, no tardaron en convertirse en parte de una necesidad: explicarme el sentido y la finalidad de mi escritura, entender la relación de esta con mi actividad política, entonces febril, y recapitular sobre mi vida cotidiana, sobre cuanto leía, sobre una experiencia literaria que sentía tan poderosa como incumplida. Todos esos apuntes, mecanografiados unos y manuscritos otros, los fui guardando en una vieja y raída carpeta con el convencimiento de que habían cumplido con creces su papel y de que solo saldrían del escondrijo, algún día, para satisfacer una íntima curiosidad retrospectiva o para ilustrar a mis hijos sobre mis preocupaciones de entonces.

Fue hace algo más de dos décadas, a principios de 1999, mientras intentaba reordenar mi cuarto de trabajo, deshacerme de papeles inservibles y seleccionar varios lotes de libros para trasladarlos a la casa del valle del Lozoya, cuando me reencontré con la vieja carpeta. Aquel reencuentro tuvo mucho de sorprendente. También de resurrección. Leí algunos folios sueltos y me sentí atrapado por lo que el hombre de poco más de treinta años que yo era entonces había dejado escrito con motivo de un paseo por el casco viejo de Madrid en un día muy frío de 1986. Me llevé la carpeta al salón y comencé a leer las notas desde el principio. Entré en un mundo que sentía mío y a la vez ajeno. Entonces decidí pasar aquellos textos a un archivo digital, corregirlos estilísticamente y dejarlos en *stand-by* por si algún día consideraba oportuno publicarlos.

La mayor parte de los libros y documentos que aluden a la época nos muestran una sociedad recién nacida a la democracia, disfrutando de lo que el franquismo había prohibido o relegado, impulsando nuevos movimientos culturales

alrededor de los nacientes gurús del *rock* (Nacha Pop, Alaska, Gabinete Caligari), de la estética punk, de locales que acabarían mitificándose (Rock-Ola especialmente) casi del mismo modo que en los sesenta se habían mitificado, por la *gauche divine*, bares como Boccacio en Barcelona u Oliver en Madrid. Si en la década de los veinte para Hemingway París «era una fiesta», en los años ochenta Madrid no lo era menos. Un optimismo sin límite, una pulsión más provocadora que revolucionaria, un afán vanguardista e irreverente, una explosión estética que se reflejaría en multitud de revistas culturales —quizá la más emblemática fuera *La luna de Madrid*— y mestizas, en exposiciones, en el orgullo gay, en el primer cine de Almodóvar, de Fernando Trueba, o de Fernando Colomo.

Pero esa no era, en lo esencial, la sociedad real. La sociedad real, la que hacía frente cada día a la vida cotidiana, era una sociedad todavía no del todo convencida del éxito de la Transición, asustada por el intento de golpe de Estado del 23F, sacudida por el paro, temerosa de perder lo que con tanto dolor y sacrificio se había plasmado en la Constitución de 1978. Era una sociedad en la que, todavía, en las ciudades se mantenían grandes bolsas de marginación, en la que el chabolismo se extendía en sus periferias, en la que el paro era un fenómeno que se mostraba imparable (todavía duraban los efectos de la crisis del petróleo de 1973) y mes tras mes las cifras de desempleados ascendían. El terrorismo de ETA —también del GRAPO— golpeaba con saña con asesinatos de altos mandos militares que, lejos de alentar supuestas vías de liberación del pueblo vasco, acrecentaba las tentaciones golpistas en los cuartos de banderas y un miedo incierto al porvenir en grandes segmentos de la población. España —Madrid también— avanzaba lentamente en el proceso de construcción democrática y el viejo sueño progresista y regenerador comenzaba a tener visos de realidad gracias al primer gobierno socialista después de cuarenta años y al pacto de la izquierda en el conjunto de los ayuntamientos. Mientras tanto, los polígonos industriales nacidos en los

años sesenta, con el desarrollismo, sufrían de manera brutal la crisis económica, y las fábricas y naves cerradas y medio demolidas formaban parte de un paisaje en decadencia, difícilmente emparentable con la democracia recién nacida. La droga, especialmente la heroína —con la compañía del sida a partir de la mitad de la década—, que hacía mella en el mundo cultural, en los barrios deprimidos de Madrid, tuvo consecuencias desoladoras. No era infrecuente la noticia de muertes de jóvenes por sobredosis, y recuerdo todavía cómo un grupo de conocidos de mi barrio quedó reducido a la mínima expresión en menos de un lustro: casi todos sus integrantes murieron muy jóvenes a causa de la heroína en unos casos; en otros, de alguna dolencia misteriosa que hoy, a la luz del tiempo transcurrido, yo identificaría con el sida. No todo era, ni mucho menos, movida madrileña. Ni optimismo inconsciente. Ni revolución estética.

En los diarios de entonces respira un tiempo doble. De un lado, el colectivo de una década cruzada por grandes mutaciones políticas, culturales, sociales en un país que estaba construyendo y consolidando la democracia; de otro, el tiempo íntimo (mi tiempo) de un escritor que se debatía entre la dedicación política y la literatura y que solo había publicado un libro de poemas. Por tanto, el valor de esas páginas no es el del diario de un literato, o de un escritor maduro, sino el de un escritor en formación, el de un hombre lleno de dudas respecto al futuro de su vocación, de un escritor *a la espera* al que, a la luz del paso del tiempo, descubro sorprendentemente lúcido.

INICIANDO EL SIGLO: ALGO MÁS QUE «LOS AÑOS NADA»

Los textos que integran la segunda parte de este libro fueron escritos entre los años 2000 y 2008, y son la muestra de mi experiencia como escritor en una década simbólicamente decisiva: la primera del siglo XXI y del tercer milenio. Un tiempo, sin embargo, tormentoso y extraño que los hijos de

mi generación vivimos entre la perplejidad, el miedo y la autosatisfacción, pero que, en los campos de la cultura, la literatura y las artes, no ha dejado marcas imborrables como las dejaron las décadas de los sesenta, ochenta y noventa. Jordi Costa, en un artículo publicado en *El País* en noviembre de 2009, en el último suspiro del decenio, hacía balance a la sombra del siguiente título: «2000-2009: los años nada». En el artículo resaltaba cómo el artista y agitador cultural australiano David Art Wales había sugerido un bautismo «ingenioso» para la década: *The naughties*. *Naught* en inglés significa «nada»; *naughties*, «traviesos». Años irrelevantes, traviesos, frívolos desde el punto de vista cultural en un tiempo dominado por la política simplista, de confrontación y ausencia de diálogo. De terrorismos y contraterrorismos bajo el mandato universal de George Bush hijo.

«Los años nada», un tiempo al borde del abismo que, en mi geografía emocional más íntima, quedó marcado por la muerte de dos creadores que venían del tiempo inaugural de los ochenta y que cayeron víctimas de los excesos de entonces: Enrique Urquijo murió en noviembre de 1999 en la soledad de un portal madrileño y, diez años después, en mayo de 2009, echó el cierre simbólico a la década la desaparición, por la misma causa, de Antonio Vega. «En la calle del olvido» y «La chica de ayer» fueron dos piezas que, en cierto modo, reflejaron un mundo que estaba desapareciendo.

Cuando, en julio de 2000, escribí las primeras notas de estos diarios, ya llevábamos más de seis meses formando parte del siglo XXI y la sociedad española vivía en una democracia consolidada. José María Aznar acababa de ganar por segunda vez, y por mayoría absoluta, las elecciones generales. Se iniciaba la década del «No a la guerra» (de Irak), del Prestige, del «tamayazo» en Madrid, de la consolidación del Día del Orgullo Gay y de la legislación del matrimonio entre personas del mismo sexo, de los bombardeos sobre ciudades iraquíes con decenas de miles de víctimas y del trío de las Azores. Fue, también, la década en que supimos que nada era impo-

sible por muy inverosímil que lo imagináramos: dos grandes dramas conmocionaron al mundo. Nueva York y Madrid vieron teñirse de tragedia un número: el 11. El de septiembre de 2001 nos trajo el terrible atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York. Lo vimos en directo por televisión y nos pareció inverosímil, como si lo que la pantalla reflejaba fuera una película de catástrofes o la concreción de una pesadilla similar a la ficción de *La guerra de los mundos*. El 11 de marzo de 2004 lo escuché cuando, en la radio del coche, dieron la primera noticia de una explosión en Atocha. Minutos después, hubo nuevas explosiones. Pasé la mañana pegado a la radio mientras la ciudad se fue llenando de muertos y silencio.

A pesar de todo, la Transición quedaba lejos y el país vivía la conversión de Europa en una parte básica de su cotidianidad: el euro enterraría las pesetas, encarecería todo y determinaría una nueva forma de llegar al precio de las cosas, y las becas Erasmus serían la invisible alfombra extendida en la biografía de cientos de miles de estudiantes españoles. Todo estaba en ebullición. Comenzábamos a familiarizarnos con los teléfonos móviles, con el correo electrónico; iniciábamos la costumbre (demoledora para la prensa en papel) de acceder cada mañana a los diarios por internet, los buscadores Altavista vivían una lenta derrota a manos de Google, y los manuscritos y originales que enviábamos a los editores fueron convirtiéndose en archivos en Word o en PDF. Casi todo empezaba a ser posible: interaccionar en tiempo real por Messenger o por correo electrónico, pensar en el libro digital como realidad inevitable, incluso vivir otra realidad en un mundo ficticio que, a partir de 2003, cobró el nombre de *Second Life* (un anticipo del Metaverso que Facebook anunció en 2021).

Consolidada la «nueva narrativa española» y la llamada poesía de la experiencia a lo largo de los noventa, la primera década del siglo fue, desde el punto de vista literario, la del pinchazo de la burbuja de lo que se dio en llamar Generación X, o del Kronen, nacida al calor de un libro precursor, *Lo peor de*

todo, de Ray Loriga, y expandida hasta extremos desconocidos con *Historias del Kronen*, de José Ángel Mañas, a partir de 1994. Ese impulso, una mezcla entre el punk y el realismo sucio, junto con lanzamientos de jóvenes autores con premios de un prestigio casi canónico o de la más elevada dotación económica como el Nadal y el Planeta —Pedro Maestre, De Prada, Espido Freire, Lucía Etxebarría, entre otros—, marcó el último lustro del siglo xx y no tardaría en mostrar sus debilidades y, en algunos casos, su inconsistencia, en la primera década del nuevo milenio, en un proceso de disolución que describe Luis Mancha en su documental *Generación Kronen* (2015).

Ganándome la vida en labores institucionales o de gestión cultural, seguí en esos años dedicando a la literatura parte de mis noches, de mis fines de semana y de las vacaciones. La novela *La mujer muerta* (2000 y 2011) precedió a la escritura de uno de mis sueños literarios más perseguidos: el libro de viajes *Por la sierra del agua* (2006). Esa fue una labor paralela al descubrimiento de un secreto guardado durante décadas entre las montañas de la Sierra Norte de Madrid: la existencia a lo largo de los años cuarenta y gran parte de los sesenta del pasado siglo, y no lejos de Garganta de los Montes, de un campo de trabajo, o destacamento penal, con más de 500 presos republicanos, del que nadie hablaba en la comarca. Un hecho que se colaría parcialmente en mi novela *Los días de Eisenhower* (2002) y de manera absoluta en *Trenes en la niebla* (2005), anticipando, a la vez, la historia de *Un extraño viajero* (2016). Si los primeros diarios nacieron como una plataforma de aprendizaje y práctica de la prosa, estos últimos lo hicieron con una finalidad literaria, incluso existencial: dejar la huella de un escritor que, aunque sin dejar de lado su condición de francotirador, ya formaba parte del mundo literario y creía cumplido el objetivo último de la espera de antaño.

Por razones de trabajo, recobré Vallecas, el barrio de mi preadolescencia, cuya huella es visible en el libro. También me adentré en el campo de la edición literaria (Bartleby Poesía

fue madurando y fracasé con Germanía narrativa), seguí escribiendo crítica de poesía, y comprendí que la dirección literaria es un campo lleno de minas al que hay que entrar con todas las cautelas del mundo.

La primera década del siglo, al menos hasta el verano de 2008, cuando se hundió Lehman Brothers y estalló la crisis financiera, fue, en la sociedad española, un tiempo de euforia, una euforia que crecía al amparo de la burbuja inmobiliaria y de las más bajas tasas de desempleo conocidas desde el comienzo de la Transición. El brutal crecimiento del sector de la construcción lo convirtió en destino prioritario para muchos jóvenes, que dejaron institutos, renunciaron a la universidad y salpicaron los barrios más humildes con coches llamados de alta gama y cuatro por cuatro como producto de los altos sueldos y del dinero fácil vía créditos al consumo o hipotecarios. Los alrededores de las ciudades vieron crecer miles de nuevas viviendas, líneas interminables de adosados, construcciones inverosímiles y ruinosas y megacentros comerciales que se adentrarían en la conciencia colectiva como lugares de ocio que irían lentamente acabando (en coalición con el video y con el DVD) con las salas de cine en las cuales mi generación cultivó su educación sentimental. Las periferias de los ochenta se habían convertido en otras periferias. Menos escabrosas y más limpias: la heroína perdió protagonismo frente a la coca y el éxtasis, desaparecieron las jeringuillas de los parques, y zonas enteras de una ciudad como Madrid, mi ciudad, cobraron un pulso hasta entonces inédito gracias al despliegue pleno de las potencialidades de la libertad. El barrio de Chueca como exponente del mundo gay, o el barrio de Lavapiés como escenario de una realidad multirracial hija de la inmigración y de los más diversos exilios. Aquella euforia viviría, solo meses después, una mutación desoladora: la crisis financiera y un abismo social y económico de casi un lustro hiriendo de muerte al segundo gobierno Zapatero. Yo seguí pateando la ciudad, viajando en autobuses imposibles, perdiéndome en las periferias... y escribiendo.

Primera parte

1985-1991

4 de marzo

Casi finalizada la lectura de *La resaca*, de Juan Goytisolo. Una novela de 1961, de la etapa en que el escritor barcelonés vivió profundamente identificado con la literatura social, con el realismo socialista que marcó buena parte de la década de los cincuenta. Crónica del barraquismo, del submundo marginal, entre proletario y lumpen, de una Barcelona que habría de alcanzar, no mucho más tarde, rasgos míticos con Juan Marsé. En el libro de Goytisolo no hay mitificación de esa Barcelona periférica. Esta aparece desvaída, indiferenciada, como si el autor hubiera intentado convertirla en la metáfora de todos los suburbios que, durante la posguerra, crecieron, como refugio del paro, de la miseria y del hambre rurales, en las antecorredores de las grandes urbes. No me está gustando. Quizá mi percepción esté llena de prejuicios, pero lo cierto es que en comparación con otras novelas sociales como *Central eléctrica* o *La mina*, o con las que han quedado para la posteridad como obras cumbre del realismo de la década de los cincuenta —pienso en *El Jarama* y en *Los bravos* sobre todo—, por no referirme a las más emblemáticas de Ignacio Aldecoa —*Con el viento solano* o *El fulgor y la sangre*—, *La resaca* está llena de insuficiencias. Carece de la tensión lingüística de *Central eléctrica* o de la destreza expositiva del objetivismo de *El Jarama*. También le sobra cierta propensión al artificio y al arquetipo. Arquetípica la reflexión de índole política, arquetípicos los personajes y artificiosa la trama.

He terminado un nuevo poema para la colección en proyecto titulada *Los trenes*.¹ En ella vengo trabajando desde hace tiempo. Sin excesiva continuidad y sin entusiasmo, todo hay que decirlo. Porque a lo que de verdad estoy asistiendo después de concluir la trilogía *Los papeles inciertos* y el poemario *De domingos y lluvias y otras devociones*,² es a la permanente amenaza de la esterilidad. A veces, tengo la sensación de vivir uno de esos períodos a los que José Hierro, al hablar de su propia obra, se ha referido calificándolos «de estiaje poético». Otras, la sensación es muy diferente: la de haber entrado en una etapa de tanteo, como si la veta encontrada en *El vuelo liberado* hubiera hecho crisis.

No pocas veces he emparentado esa veta con algunas de las inquietudes y demandas del movimiento granadino que se ha dado en llamar «otra sentimentalidad»: una poesía que busca el lado oculto de lo cotidiano, que no desdeña la ternura ni elude los componentes sociales, políticos de la experiencia, que, en definitiva, hunde sus raíces en las poéticas de la promoción del cincuenta. Probablemente, la empatía de que, lentamente, se van contagiando mis poemas tenga que ver con el ambiente dominante: no hace mucho, fue reeditada la obra completa de Claudio Rodríguez. También la de Francisco Brines, o la de un «cincuentañista» tardío como César Simón, o la de Ángel González, o la de Valente. O con la aparición de los últimos poemarios de Ángel Crespo.

Este «retorno a lo humano» es una suerte de ruptura con la hegemonía *novísima*. No radical y excluyente puesto que los poetas de una y otra generación parecen haber optado

1 *Los trenes* fue una breve colección de poemas que, con el título definitivo *Donde mueren los trenes de la noche*, extravié, inexplicablemente (fue a un premio, quedó en segundo lugar y no volvió a casa), a principios de los años noventa. No retiré los originales y años después comprobé que me había quedado sin copia. Recientemente apareció (a finales de 2001), en un archivo sin uso, en el interior de un disquete flexible que iba a tirar. Logré rescatarlo. Fue editado, con algunos poemas añadidos, en 2006 con el título *De viejas estaciones invernales* (Igitur, Montblanc, Tarragona, 2006).

2 Esos manuscritos, junto con otro que también se cita en estas páginas, titulados *Las rondas* dieron lugar, tras un proceso de depuración y corrección, al poemario titulado *Papeles inciertos* (Premio Ciudad de Irún 1990, Kutxa, San Sebastián, 1991).

por una convivencia basada en la tolerancia y en la interrelación de impulsos estéticos. No de otro modo cabe entender el hecho de que algunos de los últimos libros publicados por poetas procedentes de *Nueve novísimos* (*Farra*, de Félix de Azúa; *De acedía*, de Martínez Sarrión) se caractericen por una mayor contención formal, por una acusada tendencia a la síntesis y por cierta inclinación a destacar los componentes emocionales del poema por encima de las viejas propensiones al artificio lingüístico. De algún modo, se produce una confluencia con ciertas claves de la «otra sentimentalidad» de Egea, Salvador y García Montero.

«Los trenes». ¿De dónde surgen estos poemas? Me lo pregunto de vez en cuando y solo encuentro una respuesta: en una inacabada colección de textos poéticos escritos hace tres o cuatro años y basados en mi descubrimiento de los viajes del romántico inglés Richard Ford por nuestro país a finales del siglo XIX. La lectura de *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, de manera especial del volumen dedicado a Castilla, dejó en mí una huella tan intensa que en no pocos poemas inspirados en paisajes o en la simple experiencia viajera no es difícil reconocerla.

Creía que ya no existían los mieleros. Que el progreso de la civilización y de la industria alimentaria, con el surgimiento de las grandes cadenas de comercialización y de los hipermercados, había acabado con la figura, más propia de los grabados de antesiglo que de la sociedad industrializada, del mielero. Afortunadamente no es así. O, al menos, no lo es así del todo. En el Metro, en la estación de San Blas, un mielero se ha sentado en el asiento que había frente al que yo ocupaba. Sin el blusón negro y gris que los de su gremio vestían antaño, pero sí con el bolsón de arpillera donde portaban el barril de la miel y la cesta donde guardaban los quesos. Me ha parecido un trasunto de aquellos mieleros que recorrían las calles de mi infancia cantando con voz viva y melodiosa un estribillo que decía «mielero, buena miel, buena miel y

buen queso...» y pregonando las excelencias de una Alcarria a la que, pasado el tiempo, amaríamos, más que por vivirla, por leerla en el irreplicable primer libro viajero de Camilo José Cela. Allí estaba aquel hombre que parecía irrumpir desde el pasado: en el interior de un moderno convoy del Metro, sentado junto a un morral en el que asomaba la cántara de barro con la cuchara de madera y al lado de una cesta de mimbre en cuyo interior no era difícil imaginar una aromática partida de quesos. Tuve la sensación de que alguien lo había sacado de alguna de las escenas crítico-costumbristas del Madrid de anteguerra dibujado —y escrito— por Gutiérrez Solana y felizmente recuperadas en estos días por la editorial Trieste con el apoyo de la Comunidad de Madrid.

El pasado viernes fue presentado el libro VII de *Herrumbrosas lanzas*, la macronovela en que en los últimos tiempos está empeñado Juan Benet. Lo compraré la próxima semana y confío en no tardar demasiado en leerlo. El volumen anterior, en el que se contenían los libros I al VI, me conmovió de veras. Estética y emocionalmente. Me sobrecogió la destreza con que reconstruyó las claves de nuestra guerra civil en el territorio imaginario de Región. También me desconcertó por ser excesivamente fatalista y por su cierta propensión a simplificar el comportamiento de los vencidos. Pese a esa mínima (y discutible) reserva, no es posible negar que estamos ante una obra cumbre en la narrativa española de la segunda mitad del siglo xx.

Última compra: *Nada*, de Carmen Laforet. Confieso mi falta. O mi pecado. No la he leído. De Carmen Laforet tengo el hermoso recuerdo de la lectura, en un verano de mi adolescencia, de *La insolación*. Fue una lectura intensa, apasionada, paralela al descubrimiento del primer amor. No recuerdo más. En cualquier caso, no dejo de reconocer que a estas alturas de la historia, no haber leído *Nada* es una deuda imperdonable con nuestra narrativa contemporánea. Intentaré saldarla cuanto antes.

5 de marzo

He ido de acompañante a la inauguración del Museo Picasso en Buitrago de Lozoya. Sus fondos se componen de más de cuarenta objetos regalados por el pintor a Eugenio Arias, su barbero. Arias nació en Buitrago y ha tenido la deferencia (más bien valdría decir el atrevimiento) de donar ese pequeño patrimonio a su ayuntamiento. Lo de pequeño, tratándose de Picasso, es un decir. Más bien cabría hablar de una curiosa —también valiosa— colección: portadas de libros, grabados, cartones decorados, cerámicas... La exposición, que tendrá un carácter permanente, ocupa los bajos del edificio consistorial. No me parece que sea el lugar más adecuado. La falta de luz natural, precisamente en una zona como el norte de Madrid en la que la luz, especialmente viva y transparente, es por sí misma una obra de arte, condiciona la visión de las distintas piezas. De cualquier forma, no hay mal que por bien no venga y, nos pongamos como nos pongamos, Madrid ya cuenta con un minimuseo Picasso. Escenas taurinas, primitivismo cercano al arte rupestre, rostros con perfiles cubistas, dibujos vegetales, palomas de la vida y de la paz, se agrupan por debajo del nivel de la plaza más abierta del municipio para proporcionar una dimensión nueva, imprevista, quizá inimaginable, a la pequeña ciudad centenaria.

Con todo, lo más significativo del acontecimiento ha sido su dimensión política. Un ayuntamiento gobernado por la derecha heredera del franquismo acoge un museo dedicado a un pintor comunista que, a su vez, ha sido ideado y promovido por la delegación de cultura, dirigida por un comunista, de la antigua diputación provincial. Una síntesis en estado puro de lo que desde los años cincuenta en las filas del viejo partido se viene llamando reconciliación nacional.

He paseado, después, por las calles de la pequeña ciudad. Y las he vivido. Porque Buitrago tiene, en mi memoria personal, un significado que desborda el anecdotario que haya podido rodear la inauguración del museo. Cabecera del valle del

Lozoya, levantada sobre un montículo de roca y vigilante del cauce del río y de la presa que remansa y contiene sus aguas, resurge desde los alrededores de mi primera juventud: domingos de hace diez o doce años, cuando, en compañía de mi padre, cruzaba sus calles en busca de las raíces medievales de la cara oculta de Madrid y vinculaba los sueños revolucionarios a un futuro democrático en el que ocuparía un lugar preferente la restauración de los edificios históricos, del patrimonio monumental que la dictadura, con la complicidad pasiva de la Iglesia, había dejado a merced de la naturaleza en los pueblos más remotos de la entonces provincia o en ciudades en declive como Buitrago.

Salvo un pequeño tramo reconstruido sobre el embalse, la muralla de la ciudad vieja se encuentra en el mismo estado que entonces: llena de parches y de caries, vencida por la vegetación, que surge en los intersticios de los sillares como si se tratara del símbolo de la victoria de lo salvaje y primigenio sobre el esfuerzo civilizador. Pensé que todavía es posible salvarla, acometer su restauración. Y me convencí del todo cuando visité la iglesia parroquial, un templo entre gótico y renacentista que lucía, en la mañana, la novedad de su piedra recién pulida, de su vieja planta recuperada de la devastación del tiempo.

Continúo la lectura de *La resaca*. Aunque estoy a punto de iniciar el último capítulo, el juicio que me merece en muy poco ha modificado el que describí, sobre este cuaderno, en el día de ayer. Tal vez deba incorporar un elemento adicional: la esperanza de que ganara en intensidad en el tramo final se ha desvanecido. Mediocre obra que se queda a una inmensa distancia de las novelas más significativas de la época.

Hobsbawm. Deslumbrante historiador. La sencillez de lo complejo. Viene esto a propósito de mi lectura en paralelo. Sí: en paralelo. Hace muchos años, la falta de tiempo para dedicarme a la lectura de obras literarias debido a la prioridad que mi compromiso político dio al ensayo y a los libros de historia,

sobre todo de historia contemporánea, me obligó a hacer costumbre un reparto del tiempo diario que, más o menos, consiste en lo siguiente: en la noche, en casa —y, si no hay más remedio, en la cama—, novela y poesía. De día, en los trayectos en transporte público del trabajo a casa y viceversa, ensayo político, historia, crítica y estudios sobre literatura. Es decir: de noche, comparto mis horas con el Juan Goytisolo de *La resaca*; la hora y media larga en la que vivo entre el metro y el autobús, con el Hobsbawm de *La era del capitalismo*.

Lo reitero: Hobsbawm es un deslumbrante historiador. Y el libro que me tiene atrapado me parece un manual de primer orden para conocer a fondo el entramado económico y político (más lo primero que lo segundo) sobre el que se levantan las sociedades occidentales en las que hoy vivimos. Desde una concepción marxista de la Historia, pone de relieve datos y procesos con los que conviene familiarizarse si alguna vez queremos entender, aunque sea parcialmente, los mecanismos ocultos que mueven el mundo: nuestro mundo contemporáneo. La globalización de las relaciones sociales mediante la mejora y la adaptación de los medios de transporte y de comunicación, la indagación en una realidad en ebullición, hecha de empresarios utópicos y dignos, de ingentes masas de trabajadores superexplotados, de truhanes y negociantes que se hacían llamar empresarios, de periodistas arriesgados, de aventureros que se internaban en selvas misteriosas —entonces eran, en los mapas, grandes espacios en blanco, territorios mudos—, de apóstoles de la paz y de la religión, de apóstoles del terror y de la guerra y de la religión, de apóstoles de la ciencia y de una comprensión racional e ilustrada del mundo: 1848, La Comuna, París, Marx, Engels.

Locura de amor, dirigida por Juan de Orduña, cuarentañismo en estado puro que diría Umbral, fue la película de anoche en televisión. No la vi. Se impuso la necesidad de acabar la novela de Goytisolo. Y el sueño, para qué nos vamos a engañar.

Posdata: el pasado domingo tuve la oportunidad de leer la introducción y el prólogo a *Historia del fascismo español*, de Payne. Se me anuncia como lectura apasionante. Será después de que concluya *La era del capitalismo*. Nueva compra: *Ficciones*, de Borges. En proyecto: un artículo, para la revista *Ahora*, sobre la poesía de Ángel González. La idea me ronda en la cabeza desde hace algunos meses. Posible título: «Treinta años después de *Áspero mundo*». Veremos.

6 de marzo

Opiniones de dos novelistas de la última hora, Álvaro Pombo y José María Merino. Dos narradores de los que nada he leído. Lo digo sin sonrojo. Problemas de tiempo y la anteposición de otras urgencias me han impedido meterme en la lectura de los libros que están en lista de espera en la estantería de casa: *El héroe de las mansardas de Mansard* y *El hijo adoptivo*, del primero, y *La caldera de oro*, del segundo. Son dos juicios de enorme interés de cara a la necesaria revisión del estado de la novela en España. Pombo se extiende con largura en su experiencia personal, en su trayectoria literaria. Elude cualquier comentario o valoración sobre el estado de la novela. Sin embargo, sí hace pública una opinión con la que creo necesario polemizar. Dice que detesta hablar de sí mismo y que, por ello, no es partidario de las autobiografías que, con pelos y señales, escriben algunos autores. Refuerza esa opinión citando un verso de su primer poemario, *Protocolos*, que dice: «Nene, callemos acerca de nosotros mismos». ¿No es, en el fondo, toda obra literaria —diría más: todo acto de creación artística— una reflexión autobiográfica, un acercamiento a la interioridad y a la experiencia del autor? Estoy convencido de que sí. En toda obra narrativa, o poética, está presente el narrador, o el poeta. Ya sea desde la evocación fragmentaria de la infancia, ya lo sea desde la indagación en la experiencia personal del presente o desde la recuperación de la memoria de adolescencia o juventud. Toda obra literaria refleja, sea de manera consciente o

inconsciente, con fidelidad o de forma borrosa, o paródica, o desestructurada, el encuentro, la relación dialéctica entre el contexto, la sociedad, las contradicciones que acechan en la época en que el escritor crea, de un lado y, de otro, su experiencia íntima. Podríamos decir que toda obra literaria es un producto de la subjetividad tamizado por la experiencia colectiva y por la realidad histórica. ¿Sería posible imaginar la obra de Flaubert al margen de su historia personal, de los rasgos más significativos de su biografía? ¿Y la de Joyce, o la de Kafka, o la de Antonio Machado, o la de tantos otros?... Diría más: ¿serían pensables las obras del propio Pombo sin la experiencia vital y literaria acumuladas, sin los recuerdos y evocaciones procedentes de su biografía?

La reflexión de Merino es de otra naturaleza. Se refiere a la dirección previsible de nuestra novela en relación con lo ocurrido con la mejor narrativa universal. Para él está meridianamente claro que no existe obra de arte trascendente que no parta de las propias vivencias o que carezca de un marco temporal y territorial determinado. El proceso narrativo, para Merino, nace de un microcosmos local, o regional, y evoluciona, gracias a la destreza y a la capacidad del escritor, hacia el macrocosmos de lo universal. A su juicio, sin Dublín, sin Irlanda, no sería comprensible la obra narrativa de Joyce del mismo modo que sin Macondo y su referente en la Colombia de los años cuarenta no lo sería la obra de García Márquez. Añado: no es posible entender la capacidad del *Quijote* para llegar a tantos lectores de tantas generaciones sin su anclaje en la realidad de La Mancha del siglo XVI, que es lo mismo que decir en la realidad española de entonces. Aún añade Merino en la entrevista otros ingredientes relacionados con el hecho narrativo, ingredientes que enlazan con mi reflexión sobre las afirmaciones de Pombo. Se trata de la presencia, en la obra narrativa, de la mitología aprendida y asimilada en la infancia, del papel que la memoria de esa etapa de la vida desempeña en la construcción de un relato o de una novela. La experiencia que, a ese respecto, yo he vivido confirma las

apreciaciones de Merino. En casi todo lo que he escrito hay una más que visible huella de esa etapa. Una obsesión inevitable por recuperar el tiempo en que fui niño: sus símbolos, sus olores, sus calles, sus juegos, todo lo que constituía el microcosmos en que crecí. Es algo que me ocurre, sobre todo, con la poesía. Pero que está teniendo una prolongación vigorosa en otros géneros. Me refiero a dos proyectos que vengo tanteando desde hace tiempo y de los que he escrito algunos folios. El primero sería una recopilación de recuerdos de mi vida en el barrio madrileño en que residí hasta que cumplí once años. El segundo, una novela que descansaría en lo esencial, en la evocación de los veranos de la adolescencia en un pueblo muy pequeño junto al Mar Menor. El primero es un trabajo que me planteo a largo plazo; el segundo, una labor experimental, una especie de prueba a la que me someto para comprobar si soy capaz de escribir una novela. No es difícil concluir que ambos proyectos están cruzados por la tensión hacia la memoria primigenia a la que alude Merino.

Volviendo al novelista galaico-leonés, retengo algunas de sus afirmaciones finales: dice que del realismo social de posguerra hay que aprender el rigor en el acercamiento al mundo; del experimentalismo de finales de los sesenta y principios de los setenta, la voluntad, irrenunciable en literatura, del tratamiento formal. ¿No es asimilable esa síntesis a lo que no pocos teóricos llaman realismo mágico, o realismo poético?

Encargo para *Ahora*: artículo sobre «La función social del intelectual». Ahí es nada. Aunque todavía no he comenzado a trabajar en el artículo, he de reconocer que el tema me parece enormemente atractivo. Además, enlaza con una de mis obsesiones políticas crecidas a lo largo de la transición y con el proyecto de libro sobre intelectuales, transición y PCE que, apenas iniciado, me aguarda en el congelador desde hace tiempo.

Terminé, al fin, *La resaca*. Sin comentarios. Inicio de un nuevo período de dudas antes de la elección de la siguiente lectura literaria. Pombo me atrae. Del mismo modo que me

atrae Merino. Sin embargo, en la mesa de mi cuarto de trabajo aguardan, desde hace tiempo, dos libros en los que me empeñé tras leer de un tirón la *Historia de las literaturas de vanguardia*, de Guillermo de Torre. Son dos novelas emblemáticas del *nouveau roman*: *La celosía*, de Robbe-Grillet, e *Infancia*, de Nathalie Sarraute.

Nueva compra: *Antología lírica*, de Salvador Espriu. La muerte de Espriu ha reavivado mi vieja lectura de *La pell de brau*. Y el íntimo compromiso, asumido entonces, a principios de los setenta, de conocer a fondo su poesía.

8 de marzo

San Blas: un barrio mítico. Parte esencial de la memoria urbana de quienes, bajo la dictadura, vivimos, como protagonistas, las luchas ciudadanas por la vivienda, por la calidad de vida, por la libertad en definitiva. Todas las mañanas cruzo el barrio cuando llevo a Malva a la guardería. Y todas las mañanas, sin excepción, observo con detenimiento y con más curiosidad que nostalgia, sus calles, sus comercios, sus parques. Es un acto involuntario que casi he convertido en necesidad siempre que me interno en un barrio, en cualquier barrio. Eso de imaginar la vida que se oculta más allá de sus calles, de cavilar acerca del mundo de relaciones que alberga cada manzana de edificios, de la cotidianidad hecha de frustraciones, de alegrías, de sufrimientos, de pasiones, de amores imposibles que alimentan la realidad de cada bloque, de cada plaza es algo que me atrae de una manera especial. Le echo imaginación e invento historias. Y pienso que son posibles tantas novelas como viviendas tiene el barrio. O más aún: tantas novelas como habitantes. La literatura tiene infinitas posibilidades de desarrollo. Como el cine. San Blas es escenario y materia prima para la literatura. A pesar del pensamiento débil de la posmodernidad que a veces parece querer arrollarnos. «Ya nunca, nunca más, aterido por el claro lunar o por el majestuoso firmamento, olvidará el poeta, enterrará a sus vivos y a sus muertos»: Eugenio de Nora. Todo un alegato.